

El libro impreso antiguo en las bibliotecas italianas

Giuseppe Mazzocchi, Università degli Studi di Pavia

Ofrezco aquí una versión resumida de la charla que di en ocasión de las jornadas boarenses. Espero que pueda servir a facilitar la comprensión del texto más amplio sobre el tema de la segunda charla, que trató del libro español antiguo en bibliotecas italianas.

Para comprender la presencia del libro antiguo en bibliotecas italianas es necesario tener en cuenta la situación cultural del país, un país de reciente unificación (1861, 1870, para llegar solo en 1914 a fronteras parecidas a las actuales) que ha mantenido, por lo que a patrimonio se refiere, la distribución del mismo en el territorio sin que se diera en este aspecto ningún intento de centralización. Se trata de una situación muy distinta de la que se da en la mayoría de los países europeos, y que cualquier viajero atento capta de inmediato, al darse cuenta de la estructura de “capital” que en términos de bienes artísticos mantienen muchas ciudades italianas, en efecto capitales de los antiguos estados. Esta peculiaridad italiana se detecta también en las bibliotecas.

El listado del ICCU recoge unas 16.000 bibliotecas, la mayoría de ellas con un fondo antiguo. Es también de notar la variedad de las entidades de las cuales las mismas dependen. Hay bibliotecas que pertenecen al Estado, en primer lugar: se trata de las dos *nazionali centrali* de Florencia y Roma (cuando la capital en 1870 pasó de la ciudad toscana a la Urbe eterna, se creó esta duplicación, ya que se decidió mantener la biblioteca nacional fundada hacía pocos años en Florencia en consideración del papel cultural y lingüístico fundamental que la ciudad tuvo históricamente), a las cuales se añaden varias bibliotecas *statali* (por ejemplo la Real de Turín, la Braidense de Milán, la Vittorio Emanuele II de Nápoles...), y las que tienen rango de *statali universitarie*: colocadas en los centros universitarios más importantes (Turín, Génova, Pavia, Roma...) tienen la función de ofrecer la base bibliográfica para el estudio y la investigación de profesores y alumnos.

Las demás bibliotecas dependen de regiones, provincias, municipios, y suelen tener una fecha de fundación remota; añádanse las bibliotecas propias de facultades, departamentos universitarios, centros escolares, y las importantísimas de entidades religiosas.

Sobre la defensa de este patrimonio enorme, y tan repartido en el territorio, vigila la *Soprintendenza ai beni librari* que actúa con varias delegaciones regionales, y que tiene el cometido de garantizar la conservación y el correcto uso del patrimonio antiguo que no es propiedad del estado. De este modo el Estado, que se dedica la conservación de sus bibliotecas y archivos directamente, pretende asegurarse el control de un patrimonio que no es suyo (aunque en buena medida sea público), cuya importancia cultural para la nación, evidentemente, no puede ignorar.

Ante la situación que acabo de intentar representar, y que abruma por la cantidad de documentos implicados y su distribución, no extraña que precisamente en Italia se advirtiera la necesidad de una catalogación colectiva, tanto para el libro antiguo como para el moderno. Pretende responder a esta exigencia la fundación (en 1951) del Centro Nazionale per il Catalogo Unico, que pasó a denominarse Istituto Centrale per il Catalogo Unico e le Informazioni Bibliografiche (ICCU) en 1975. Uno de los proyectos que llevó adelante el ICCU fue el censo de las ediciones italianas del siglo XVI (que llega a incluir las ediciones extranjeras del mismo siglo impresas en italiano); se trata del conocido proyecto EDIT16 que lanzó Francesco Barberi y en el cual trabajaría su discípulo Lorenzo Baldacchini. La exigencia que se advirtió, una vez que el patrimonio incunabular estaba relativamente bien catalogado y estudiado, era la de llegar al censo general del siglo áureo de la imprenta italiana. La experiencia, mirada desde la perspectiva actual, fue de suma importancia, no solo por el mero acopio de datos sobre ediciones y ejemplares (datos que se empezaron a difundir en papel, y que luego pasarían a la versión informatizada), sino por el gran número de bibliotecas, incluso con fondos poco conocidos, que participaron en él (hoy llegan a superar las 1500); y por la decisión de adoptar unas normas de catalogación particularmente ágiles, al alcance también de catalogadores poco duchos en libro antiguo. Si la informatización de las fichas y su posible consulta en línea a través de la Red solventó problemas, e incluso permitió enriquecer con la digitalización la cantidad y calidad de la información, es indudable que los tomos editados (hasta las letras E-F en

2007) del catalogo EDIT16 representaron también la ocasión de una reflexión importante sobre la catalogación en una fase preelectrónica. Ni se puede olvidar que fueron emanación del ICCU la famosas normas RICA (Regole Italiane Catalogazione per Autori, primera edición 1979) que tanto contribuyeron a normalizar, uniformar, mejorar de calidad de la catalogación de libros (antiguos y modernos) en el país, y no dejaron de tener una repercusión en el extranjero, si es cierto el hecho inadvertido de que fueron la base para la redacción de las reglas españolas de 1985, como el simple cotejo puede demostrar; de gran interés es la posterior y reciente versión REICAT (regole Italiane di Catalogazione, 2009).

EDIT16 sigue vivo (con 67.335 noticias bibliográficas en enero de 2013), pero de hecho sus materiales han confluído también en el gran índice del SBN (Sistema Bibliotecario Nazionale), en el cual participa un número cada vez más alto de bibliotecas italianas (al principio solo públicas, pero se va acreditando un número cada vez mayor de las que no lo son). El SBN constituye sus dos primeros polos –agrupaciones de bibliotecas– para el índice en 1985 en las nacionales de Roma y Florencia; el índice como tal se puso en marcha en 1992 cuando más polos se unieron a los dos fundadores; recuerdo, como catalogador que era en una biblioteca departamental de Pavía, el orgullo de ser la nuestra una de las primeras universidades italianas que entró en el SBN. Por lo que se refiere al libro impreso antes de 1831, en el mes de enero de 2013 el índice recogía 791.969 noticias, que correspondían a 2.695.547 ejemplares (hay, pues, un promedio aproximado de 3,5 ejemplares individuados por edición); en 2002 los ejemplares de libro antiguo rondaban los 350.000. El dato es revelador de la rapidez con la cual en los últimos años el índice se está enriqueciendo, convirtiéndose en la primera referencia a nivel mundial para el libro antiguo en bibliotecas italianas y el libro antiguo italiano en general. Una fuente de trabajo de utilidad enorme sobre todo para los bibliotecarios que, lejos de grandes centros y de Europa, necesiten profundizar correctamente en el estudio de ejemplares de libros italianos inevitablemente presentes (como pude comprobar también a lo largo de estas jornadas) en las bibliotecas donde ejercen su misión. Sin duda, en una realidad de catalogación compartida como la del índice SBN la variedad de catalogadores produce discrepancia y multiplicación superflua de fichas; y es también evidente –dada la existencia de varios niveles de catalogación– una profundización diferente de cada ficha; el conflicto entre las exigencias de la teoría catalográfica y las exigencias prácticas (costes, eficacia del producto que está en función del número de noticias que recoge...) no son menos evidentes. Pero creo que, a pesar de los justificados temores iniciales, el rápido crecimiento del índice está resultando enormemente beneficioso para el trabajo de todos.

Una catalogación extensa, compartida, de calidad y asequible gracias a la Red es la mejor respuesta a las exigencias de estudio y defensa del patrimonio. Solo un patrimonio catalogado puede ser conocido, y por tanto protegido de sus enemigos. Es evidente, y ya asumido por todos, que las responsabilidades de un bibliotecario con respecto a su fondo antiguo son la conservación, el estudio y la puesta en valor. Me resulta difícil, desde dentro, dar una valoración objetiva de la situación, pero visitando por mis pesquisas bibliotecas grandes y pequeñas de todo el país, me encuentro a menudo con bibliotecarios preparados y conscientes del valor de su trabajo, quienes en una época de crisis como la actual, hacen todo lo posible para encontrar las soluciones y los medios para que sus instituciones cumplan con su deber. Oponiéndose, según los casos, a los sindicatos del personal, a la sordera ministerial, a una normativa bizantina sobre edificios y normas de seguridad, a la falta de recursos, a la reducción del escalafón, los bibliotecarios italianos luchan a diario para que el patrimonio que conservan no solo se mantenga para las generaciones futuras, sino que sea aprovechable y se identifique como parte importante de un legado cultural. No deja de ser elocuente el hecho de que los lamentables robos y pérdidas recientemente denunciados en la extraordinaria biblioteca (estatal) de los Girolamini de Nápoles, y la gestión pésima de la misma antes de una campaña sistemática de expolio donde era la furgoneta la unidad de medida del robo, desciendan fundamentalmente del nombramiento meramente político como director de un poco honrado bibliófilo extraño al cuerpo. La historia de los Girolamini, por otra parte, nos enseña una vez más que conservación y estudio y puesta en valor van juntos: los robos fueron facilitados por el cierre de

la biblioteca, sus malas condiciones ambientales, y la falta de una catalogación sistemática; tanto es así que, precisamente para dificultar la individuación de los ejemplares sustraídos, todos los libros de descocolocaron fuera de sus anaqueles... El tema de la defensa, por otra parte, sale del recinto estricto de las bibliotecas para implicar un mercado anticuario como el italiano caracterizado todavía (si lo comparamos con otras realidades) por una oferta abundante y unos precios relativamente convenientes. Parece ser que no son solo los aduaneros los funcionarios insensibles al libro como mercancía de valor; por un número incontable de goteras Italia pierde así una parte incalculable de documentos históricos (cada ejemplar lo es); una sangría parecida a la que sufre su patrimonio artístico y arqueológico, aunque posiblemente todavía más incontrolada. Ni existe un boletín de libros antiguos robados como el benemérito para piezas de arte que redacta el Nucleo Tutela Patrimonio Artistico de los Carabinieri. Basta con considerar los datos sobre el número ínfimo de instancias de autorización a la exportación que las delegaciones de la Soprintendenza reciben. Y, finalmente, léase el bellissimo e interesantísimo catálogo de la librería de Diana Parikian que se publicó después de su fallecimiento (2012), donde las librerías anticuarias italianas quedan representadas como el terreno de caza de esta gran profesional y conocedora del libro italiano antiguo. No se trata, por supuesto, de levantar barreras contra el mercado y el coleccionismo privado, que es cierto que permitió en muchos casos la conservación de documentos tipográficos destinados, de otra manera, a una pérdida definitiva. Ni se trata, bloqueando la exportación clandestina de un incunable, de olvidar que la conservación es también un problema de mantenimiento diario de los libros en las bibliotecas, a menudo descuidado por falta de recursos y personal. Queda como memorable la recomendación que un departamento ministerial le dirigió a la directora de una biblioteca al negarle los fondos que pedía para encuadernar una serie importante de ediciones del XVIII en mal estado: ya que dichos fondos no estaban disponibles, que los libros se retirasen de la consulta...

Por lo que se refiere al estudio bibliológico de los libros antiguos, es evidente que la catalogación (una buena catalogación científica, por supuesto) representa el primer paso; pero no es menos evidente que no se puede prescindir de investigar el valor histórico que cada ejemplar tiene como documento. En la tradición biblioteconómica italiana el término *documento* para indicar cada ejemplar supérstite de una edición se impuso cuando a finales de los años ochenta se difundió el estándar catalográfico ISBD. En efecto, ¿qué es lo que cataloga un bibliotecario desde su biblioteca? Una edición, un libro, un ejemplar... todos conocemos la confusión terminológica con la cual los lectores asaltan a los bibliotecarios, solo preocupados por poner ojos y manos... ¿en qué? El término *documento*, que equipara en principio, un libro impreso a una bula medieval, a un vídeo o a una cinta magnetofónica, tiene el mérito enorme, más que de relacionar nuestro trabajo con el de un documentalista, de evidenciar la individualidad inconfundible de cada libro, cuyo valor “documental” no se limita, ni mucho menos, al texto que transmite. Con las particularidades que lo distinguen de sus hermanos de edición (variantes de estado y emisión), su encuadernación, sus variadas señales de uso y marcas de posesión, cada ejemplar lleva una cantidad enorme de informaciones sobre historia del libro y de la lectura. Su misma presencia dentro de la biblioteca tiene valor histórico, y es mercedora de pesquisas específicas. Es evidente, pues, que para el estudio del libro antiguo en una realidad cultural históricamente polifacética como la italiana, es necesaria una catalogación muy atenta a las particularidades del ejemplar, pero hacen falta también catálogos y estudios específicos que reconstruyan la formación de las colecciones de cada biblioteca a lo largo de los siglos. Precisamente la parcelización cultural del país favoreció en el bibliotecario italiano una atención de este tipo; el hecho de que, por tradición, sea común la coincidencia entre el bibliotecario y el historiador local, ha venido resultando especialmente beneficiosa en el terreno de la bibliología, máxime cuando se ha cruzado en las últimas décadas con la renovación metodológica de las ciencias del libro como ciencias históricas. Cuando uno de los maestros de la bibliología italiana como Lorenzo Baldacchini nos presenta la figura del bibliotecario como arqueólogo, tiene evidentemente en la mente, sin duda desde el recuerdo de su dirección de una biblioteca histórica tan prestigiosa como la Malatestiana de Cesena, la figura en la cual se tienen que convertir (y

muchas veces se convierten) los bibliotecarios de instituciones con fondo antiguo, quienes con frecuencia conservan en sus instituciones la mayoría de los libros que en su ciudad se produjeron, o escritos por los intelectuales de su área, o que estos mismos intelectuales leyeron.

Nos movemos, evidentemente, dentro de un concepto del libro antiguo que ha superado con decisión la perspectiva limitada de la reliquia, para devolverle a la biblioteca todo su valor de depósito de documentos, con el valor histórico añadido del conjunto. Si es solo al huaquero y no al arqueólogo a quien le interesa la pieza aislada y de especial relieve estético, asimismo será solo el bibliófilo poco culto y no el bibliotecario quien se deje vislumbrar por las maravillas de un ejemplar olvidando la historia del mismo, y el significado de su presencia. Todo esto supone, evidentemente, la existencia de bibliotecarios estudiosos, capacitados para estudiar su fondo antiguo y redactar su historia; se trata de una labor a la cual los bibliotecarios italianos se vienen dedicando con pasión cruzando su trabajo con el de la investigación académica.

Queda la cuestión de la puesta en valor. La imagen de la biblioteca polvorienta y habitada solo por un frustrado bibliotecario y las ratas que nos ha legado Pirandello en su *Il fu Mattia Pascal* (1904) ha dejado lugar a una realidad que procura abrirse. Valorizar significa en primer lugar garantizarles a todos los lectores interesados el acceso a los documentos: gracias a Dios las páginas famosas del *De bibliotheca* de Umberto Eco (quien evidentemente tenía a la vista la situación italiana) sobre el bibliotecario como obstáculo al lector quedan desmentidas en la realidad, pero creo que deberían convertirse en objeto de meditación semanal para todos. Entre las formas de la puesta en valor tenemos que incluir también la digitalización, para la cual se están llevando a cabo amplias campañas que ven la participación de muchas bibliotecas del país; y que representa una parte importante también del gran proyecto milanés de la BEIC (Biblioteca Europea de Información y Cultura). Personalmente, como cualquier investigador, no dejo de beneficiarme en mi trabajo cotidiano de este proceso, aunque es evidente que se plantea también para las bibliotecas históricas italianas un doble problema. En primer lugar, la calidad del producto, y el hecho de que para ciertos aspectos y ciertas exigencias sigue siendo necesaria la visión directa del documento (un aspecto que a veces el bibliotecario que ha digitalizado mucho tiende a no reconocer). Por otra parte, considerando la general función formativa de la biblioteca, cabe preguntarse si la real situación de las salas de lectura cada vez más vacías (ya que los lectores resuelven sus exigencias de lectura e información por otros medios) tiene que limitarse a la apertura de salas multimedia cada vez más equipadas, o no tiene que implicar también la educación al contacto físico con la realidad material del documento. Sin ningún fetichismo, ¿es pensable que un historiador cuya documentación la constituyan los libros antiguos prescindiera del contacto físico con los mismos?

Pero hay otro aspecto importante de la puesta en valor que no se puede ignorar, y es, finalmente, el representado por las exposiciones. Todas las bibliotecas históricas italianas organizan exposiciones temáticas sobre sus fondos. Considero esta actividad fundamental para que un público amplio perciba el valor histórico-artístico de la biblioteca. Las exposiciones son, en primer lugar, la forma para que la gente conozca especies arquitectónicas a menudo de muy relevante interés, como lo son las sedes de la mayoría de las bibliotecas históricas italianas, que ocupan a veces espacios expresamente proyectados para los libros y los lectores, o edificios adaptados de gran importancia. Y se trata, lamentablemente, de edificios que las rutas turísticas suelen excluir (no se me olvidará nunca el conserje de la Biblioteca Nacional de mi Damasco querido, quien me detuvo en la entrada diciendo que ahí lo único que había eran libros...). Pero, sobre todo, una exposición de libros antiguos bien concebida le permite al visitante apreciar una parte de su propia identidad cultural en la cual normalmente no se fija. Recuerdo con mucho gusto, por ejemplo, las exposiciones de libros antiguos españoles que organicé en la Biblioteca Universitaria de Pavía: fueron el modo de dar a conocer a toda la ciudad un caudal histórico importante, ofreciendo también la posibilidad de reflexión sobre el sentido de la dominación española, que duró en la región dos siglos, y que el público especializado sigue tildando de “mal gobierno” según el cliché ilustrado y romántico. Pero recuerdo también otra exposición que tuvo lugar en el invierno de 2009, a la vez que la exposición de pintura barroca española del Ermitage de San Petersburgo en los museos de la ciudad.

En tal ocasión presenté en la misma Biblioteca Universitaria una selección de libros ilustrados barrocos españoles, que permitió apreciar el paralelo entre pintura y grabado: se exhibieron joyas cuya misma existencia en la biblioteca muchos compañeros míos de la facultad ignoraban.

Esta última iniciativa, por otra parte, tuvo también una buena e inesperada proyección, gracias al hecho de difundirse en la modalidad de la exposición virtual en el Internet culturale (“Cataloghi e collezioni digitali delle biblioteche italiane”) del ICCU, un instrumento de conocimiento y difusión de la cultura italiana en el mundo que iremos apreciando cada vez más. En un país como Italia, donde no siempre centro y periferia comunican bien, y donde es fácil perderse en los atolladeros de la burocracia (local y romana), el sistema bibliotecario ha demostrado en estos últimos años un gran dinamismo, y una capacidad de diálogo y colaboración entre varios niveles que se desearía también en otros ámbitos.

Termino dejándoles las referencias que considero esenciales para iniciarse y orientarse en el mundo del libro antiguo en Italia.

Lorenzo Baldacchini, *Il libro antico*, Roma Carocci, 2006. 2ª ed.

Lorenzo Baldacchini, *Lineamenti di bibliologia*, Roma, NIS, 1992.

Marco Santoro, *Storia del libro italiano*, Milano, Editrice Bibliografica, 2008, 2ª ed.

Sitios

www.iccu.sbn.it

<http://libroantico.uniud.it/>

www.internetculturale.it

Finalmente, el CRELEB de la Università Cattolica de Milán difunde un utilísimo “Almanacco bibliografico” electrónico, que permite una rápida y seria puesta al día bibliográfica.